

# Erenhá y las palomas

LUIGI LESCURE

Cuando al día siguiente vio la primera paloma revoloteando tras la ventana, sonrió y pensó “qué casualidad”. Ver la segunda le produjo sospecha. Al sumarse la tercera al vigilante vuelo de las otras dos, que nunca se marchaban ni lo dejaban solo, lo invadió un extraño temor que iba creciendo con cada nueva ave que llegaba hasta el balcón de su apartamento.

Erenhá le había prometido enviarle un beso cada mañana con una paloma mensajera. Le dijo que ellas cuidarían del amor que él le juró y al que ella entregó su corazón y su cuerpo primerizos.

“Te vas a cansar de mandarme besos”, bromeó él. “No hasta que regreses y me lleves contigo, lejos de mi padre”, aseguró la joven enamorada pronunciando con determinación sus palabras, en un Español bañado del acento de su dialecto aborigen. “Dime que volverás. Sólo tu amor me sacará de aquí”, insistió Erenhá, al borde de una súplica, como aferrándose a una ilusión. Gustavo volvió a fundir sus labios con los de la chica, con esa maestría que desde su muy temprana juventud había adquirido con tantas otras bocas cuando quería poner fin a alguna conversación que podía volverse comprometedor.

Prefería callar antes que pronunciar más promesas de las necesarias. Sobre todo si sabía que no las iba cumplir. Mucho menos a una indígena, bellísima, pero indígena, oriunda de Teretí, aquella selva profunda y apartada donde él sólo se sumergía para dedicarse a la cacería, hasta que se topó con aquella mujer de pasión indómita.

Gustavo no era hombre de atarse a nada, ni a nadie. Disfrutaba de probar los placeres de la vida, en especial conquistar afectos y robar suspiros de las féminas. Su atlética figura, tallada con pesas y ejercicios, deportes al aire libre y una estricta dieta sumada a su voz de viento embravecido y a su varonil rostro de caballero medieval le facilitaban la tarea. Si bien era un casanova empedernido, ante las mujeres pasaba como un príncipe azul que las rescataría de monstruos y las llevaría a habitar palacios. A todas engañaba, menos a mí. Yo conocía su naturaleza. Era como la mía. Yo lo deseaba y, a mi desprendido modo, lo amaba y lo odiaba a la vez. Sabía muy bien que de lo único que Gustavo se había enamorado era de las noches de la ciudad. Lo embriagaba el torrente de cuerpos sensuales y risas famélicas que destellaban mezclados entre luces y toda clase de ritmos musicales en bares y

discotecas. Para él la noche era mágica. Muy pronto aprendería que la selva también tenía otros modos de encantamiento, más allá de la adrenalina que le disparaba la persecución de bestias.

Desde que las palomas comenzaron a seguirlo a todas partes, le cercenaron la magia de su libertad. En todos los sitios que gustaba frecuentar le prohibían el paso a él y a la nube de plumas y alas que incesantemente lo acompañaba. Era el comentario y la comidilla de la ciudad. El Capitán Paloma, el Palomo mayor o Palomón, lo llamaban con mofa abierta. Él se había tornado tembloroso y pálido como sus nuevas compañeras.

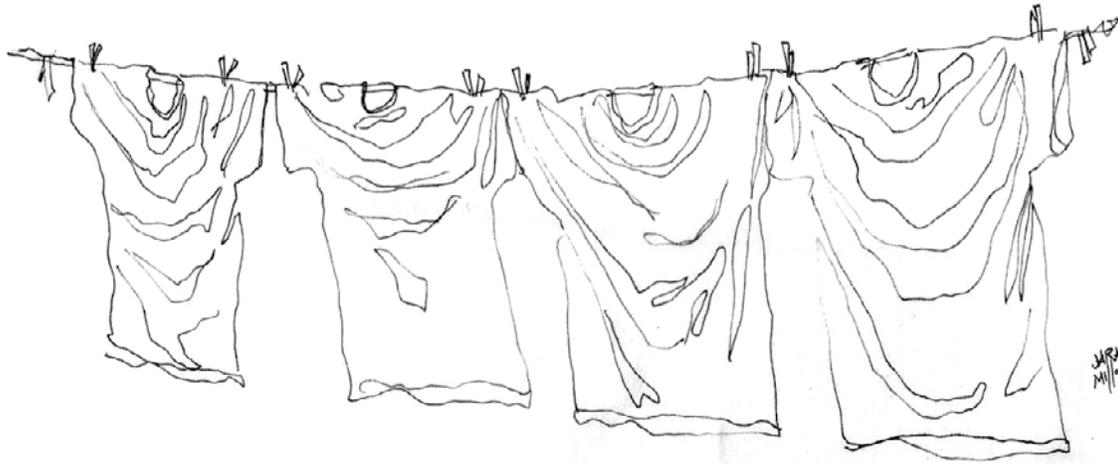
Dos meses después del arribo de la primera paloma, cuando ya sesenta vigilantes voladores asediaban sus pasos, fue cuando vino a buscarme para saciar sus ansias de una mujer. Sabía que sólo yo le abriría mi puerta y que aún no le cerraba del todo mi intermitente corazón. Lo dejé entrar, a mi recinto, y le permití acomodarse en mis sentimientos. Ciento veinte diminutos ojos nos acechaban tras el ventanal de mi apartamento. A veinte pisos de altura las palomas aleteaban fijamente, sin agotarse mientras él me contaba todo sobre Erenhá.

La conoció en su última incursión a las selvas de Teretí. Solía irse solo de cacería a ese olvidado pueblo al que se lo tragaba una voraz jungla. Conducía siete horas montaña adentro y luego zarpaba en lancha, dos horas más, hasta las verdeazules costas de Teretí. Allí, en medio de un desordenado caserío, se alzaba señorial un hotel de mala muerte. Era más bien una choza ancha de dos pisos frente a un peñischo de playa que el mar logró arrebatarse a la incipiente vegetación, siglos atrás. Ese era su habitual albergue. Desde allí salió hacia el tupido manto verde que escondía cientos de excitantes presas por cazar. Siguiendo a un tigrillo fue como se encontró con Erenhá. Con-

fundió sus ojos con los del felino y antes de apretar el gatillo la vio erguirse y asomar su negro cuerpo de entre el denso follaje que la vestía y ocultaba. Su piel era como la noche, embriagante. Avanzó mansa hacia él, con mirada dócil y pechos agresivos, con dulce bambolear, como palmera. Se presentó como la hija del curandero, Obisha. Él bajó el rifle y se le alzaron otras armas que logró disparar más tarde en la choza donde ella, sin el padre que había marchado a buscar hierbas y curar pacientes a otra aldea vecina, le preparó una sopa y le sirvió su cuerpo de festín sobre un colchón de pencas y hojas que los separaba apenas del suelo de tierra y polvo.

Después del primer fogoso encuentro, Gustavo decidió tomarse una semana más de sus vacaciones y prolongar su estadía en Teretí. Sólo el tiempo necesario para divertirse con Erenhá antes de que el viejo yerbero retornara y le exigiera de vuelta la dignidad de su hija. Intentó llevarla consigo al hotelucho donde se hospedaba, pero el dependiente al reconocer a su acompañante le advirtió que no se involucrara con la hija del hechicero. Era un padre celoso que, según se rumoraba, necesitaba el cuerpo, la mente y el corazón de su heredera libres para mantener toda la fuerza de sus inimaginables poderes. Lo mismo le aconsejaron en las cantinas donde quiso ir con ella a bailar, beber y parrandear para recrear algo del estilo ciudadano. Sin embargo, Gustavo desatendió todas las avisos. Él era pragmático, terrenal. No creía en supersticiones, ni poderes sobrenaturales, ni nada por el estilo, nada. Tenía que aprovechar los deleites que le brindaba esa hermosura negra. No le quedó más remedio que volverse a la choza y cambiar orillas de playa y suaves bramidos de mar por susurros y caricias de un río que refrescaba sus cuerpos antes, durante y después de ardientes coitos.

La última vez que hicieron el amor fue la



mañana en que él se devolvía a la capital. Una paloma irrumpió en su habitación justo cuando los gemidos de ambos se hacían más sosegados hasta apagarse con un beso que ella le entregó con un fuerte abrazo. Ahora la reconocía y me la señalaba con su dedo índice estirado en una mano extremadamente trémula. Aseguraba que era la misma paloma que llegó primera y que siempre lideraba la bandada. “Tranquilízate”, le dije, sujetando su mano inquieta contra mi pecho ansioso. “Sabes a lo que vine”, afirmó más que preguntarme. Me conocía muy bien. Le contesté que sí y que no se preocupara más por las palomas. Lo conduje a mi habitación y nos desnudamos sobre mi cama, que hacía más tiempo del que yo hubiera querido pasaba sin el calor de su esbelto cuerpo. Ningún otro hombre me había llenado como él, ni lastimado tanto.

Las palomas bordearon el edificio y antes de que empezáramos el tan deseado acto ya se escuchaba su picoteo rabioso sobre la ventana de mi cuarto. Una amenazante mancha gris invadía los vidrios. Ignoramos el inminente peligro por el ímpetu de nuestras pieles. Y, coincidiendo con su penetración, el agudo ruido de miles de astillas que impactaban contra el piso y el estallido de centenares de alas batiendo el aire dieron paso a una ráfaga de picos furiosos e inmisericordes que se abalanzaron sobre Gustavo. Lo devoraron como si fueran aves de rapiña.

A mí me dejaron intacta ante la carnicería. La paloma que él me había indicado como la líder se posó todo el tiempo frente a mí. Suspendida en el aire me miraba desafiante, como hembra celosa. Tras sus diminutos y vidriosos ojos podía verla a ella, a Erenhá. Intuía sus sentimientos. Los comprendía. Si yo hubiera tenido sus poderes, hace tiempo hubiera hecho lo mismo. A mí también me robó la inocencia y, más aún, me hizo de su calaña.

Como inmensas gotas de sangre voladoras, las palomas abandonaron mi cuarto. Quizá porque Erenhá podía ver tras los ojos del ave que yo la entendía, me dejó presenciar en mi mente aquella escena, que estoy segura tendría lugar un tiempo después y sería tan real como lo que acababa de ocurrir en mi apartamento. Pude ver cómo la bandada llegaba hasta aquel río de aguas frescas en Teretí, donde ambos fundieron varias veces sus cuerpos, y una a una las palomas se derramaban en un chorro de sangre sobre las cristalinas aguas del río. A la orilla del torrencial y enrojecido afluente, Erenhá, de rodillas, rota de dolor en llanto junto a su padre que la miraba con rostro severo, se llevó las manos a los labios y sopló un beso. Luego, ondeándolas como palomas, las posó sobre su vientre.

---

Publicista y actor teatral. Autor de dos libros de cuentos: **Pecados con tu nombre** (2007) y **Capítulos finales** (2007).